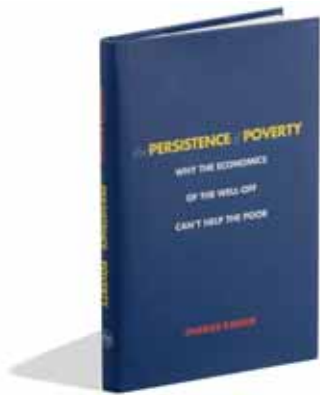


Ayudar a los pobres



Charles Karelis

The Persistence of Poverty

Why the Economics of the Well-Off
Can't Help the Poor

Yale University Press, New Haven y Londres, 2007,
208 págs., US\$30 (tela).

Hasta en las sociedades ricas hay una gran cantidad de pobres, y si bien su situación es mejor que la de la gente de los países pobres, en comparación con sus compatriotas están en condiciones muy inferiores. Por ende, se sienten excluidos e impotentes. A veces la pobreza es resultado de una incapacidad o un desastre natural, pero muchos pobres parecen atrapados en un ciclo de subempleo, educación insuficiente, consumo de drogas o alcohol y delincuencia. Muchas veces no aprovechan los servicios sociales u otras oportunidades que ofrecen las economías avanzadas.

¿Los pobres son irracionales?

La persistencia de la pobreza es preocupante no solo porque sentimos compasión por los pobres, sino porque el problema está asociado a comportamientos nocivos, como el delito. También resulta un misterio, porque el sentido común en materia económica sugiere que los pobres tienen fuertes incentivos para buscar empleo y estudiar y, en general, tratar de mejorar sus vidas. Cuando se tienen bajos ingresos, hay que valorar especialmente el dinero extra que se obtiene trabajando más horas o la inversión que significa la educación. Parecería que muchos pobres no actúan en forma racional.

Charles Karelis, profesor de Filosofía de la Universidad George Washington, nos presenta esta sugerente obra que cuestiona las ideas generalmente aceptadas sobre este tema tan polémico.

Karelis asegura que para explicar la enigmática persistencia de la pobreza debemos rectificar nuestra suposición de que la utilidad marginal del consumo tiende a disminuir con el nivel del mismo. Sostiene, en cambio, que para los pobres la utilidad marginal de una unidad extra de consumo aumenta. Cuando se es muy pobre, tener un poco más para consumir casi no sirve de nada, pero tener mucho más supone un beneficio desproporcionado. Por lo tanto, a los pobres les gusta variar su consumo y arriesgarse con el fin de salir de la pobreza (al menos temporalmente).

Esta argumentación tiene cierta plausibilidad intuitiva. Consideremos el hecho de que los pobres tienden a ser los más ávidos jugadores de lotería, aunque la lotería tenga un retorno esperado negativo. Juegan precisamente por la ínfima oportunidad de ganar y cambiar sus vidas. De hecho, muy poca gente jugaría si el premio máximo ascendiera a US\$100, aun si la posibilidad de ganar fuera mucho mayor. De igual modo, la tentación de empujar una botella en vez de saborear una copa de vino puede ser mayor cuando hay muchas penas para ahogar.

Esta hipótesis tiene inmediatas derivaciones en materia de políticas. Las medidas tendientes a “hacer que el trabajo valga la pena” subsidiando el sueldo de los pobres (por ejemplo, con créditos por el impuesto a la renta) deberían resultar doblemente efectivas, no solo porque los pobres tendrían más motivos para dejar el ocio por el trabajo sino porque un ingreso superior aumentaría de por sí el valor que le atribuyen a un empleo y a ganar más. Sin embargo, incluso si se les regalara dinero a los pobres, al aumentar la utilidad marginal del ingreso, crecería su motivación para buscar trabajo y ganar aun más (así como ahorrar para tiempos difíciles).

Pero no todas las derivaciones de políticas son tan alentadoras. Por ejemplo, del razonamiento de Karelis se desprende que las iniciativas de autoayuda, como las instituciones de

microfinanzas o empresas cooperativas, no tienen posibilidades de éxito sin importantes subsidios. Mientras sea pobre, una persona no podrá ser buena ahorradora, prestataria ni inversionista porque (racionalmente) preferirá el consumo inmediato.

El ejemplo de las microfinanzas sugiere una tensión en el libro entre un énfasis en la escasez material, cuando la utilidad marginal del consumo supuestamente crece, y la pobreza como concepto relativo asociado a la falta de estímulos para la capacidad de

Quando se es muy pobre, tener un poco más para consumir casi no sirve de nada.

acción. En sus ejemplos, Karelis hace hincapié en la pobreza material. Pero ¿qué sucede si lo que más les falta a los pobres en Estados Unidos es respeto (por sí mismos y por parte de los demás)? En ese caso, los subsidios y otras ayudas propuestas no mejorarían su situación, y hasta podrían agravarla.

En defensa de Karelis, cabe agregar que otras explicaciones a la persistencia de la pobreza (como la falta de oportunidades) pueden dar lugar a similares recomendaciones de política. Pero el lector (en especial un economista capacitado) se sentirá frustrado por el hecho de que el autor se base solo en palabras y algunos simples diagramas. Parte de las críticas aquí vertidas podrían haberse evitado con una presentación más rigurosa de la hipótesis principal y una comparación con diferentes alternativas, complementadas por pruebas empíricas.

Pero estas sugerencias no deben restar valor a la conclusión principal: que cualquier explicación de la persistencia de la pobreza, así como las políticas dirigidas a sacar a la gente de la pobreza, deben tomar en cuenta cabalmente los efectos de la pobreza misma sobre las motivaciones de los pobres.

Daniel Hardy
Jefe de División

Departamento de Mercados
Monetarios y de Capital del FMI

La economía del desarrollo sostenible



Mohan Munasinghe

Making Development More Sustainable

Sustainomics Framework and Practical Applications

MIND Press, Colombo, Sri Lanka, 2007, 650 págs., US\$40 (papel).

Tras adoptar el rótulo de desarrollo sostenible, la mayoría de los analistas encontraron dificultades para ponerse de acuerdo y definir lo que significa en la práctica. Pronto se presentaron otros desafíos, como la instrumentación de medidas cuantitativas de factores relevantes, la búsqueda de un patrón de medida común para objetivos a menudo contrapuestos y la explicación al hecho de que tantas soluciones obviamente ventajosas para promover el desarrollo sostenible no hayan cobrado impulso. Últimamente, el gran desafío ha sido incluir el cambio climático en un marco analítico general para el desarrollo sostenible.

El profesor Munasinghe, quien en calidad de Vicepresidente del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático de las Naciones Unidas compartiera con Al Gore el Premio Nobel de la Paz 2007, propugna desde hace muchos años, junto a otros colegas, el abordaje integral de los aspectos económicos, humanos y ambientales del desarrollo. Para ello, creó un nuevo marco analítico llamado “economía del desarrollo sostenible”. Este libro resume los avances teóricos y prácticos de dicho marco, y es el resultado de un metódico examen de trabajos especializados que cobra vida mediante el estudio de casos prácticos.

En la primera parte del libro, Munasinghe explica las complejas relaciones sobre las que se basa la economía del desarrollo sostenible. La conclusión, no muy sorprendente, parece ser que no existe una medida aceptable del desarrollo sostenible que se equipare a las medidas de desarrollo económico.

Munasinghe presenta opciones (no totalmente satisfactorias) para ayudar a tomar en cuenta el daño ambiental y los costos sociales en las investigaciones. Comenta la frontera analítica de las tasas de descuento negativas para desafíos de largo plazo e incluso parece anticipar el reciente Informe Stern sobre la Economía del Cambio Climático, que apunta a elaborar una teoría económica basada en la ciencia del cambio climático.

Aplicación de la teoría

Tras presentar las limitaciones de la economía del desarrollo sostenible, la segunda parte del libro resulta mucho más interesante, gracias a los excelentes y variados estudios de casos prácticos.

Estos estudios demuestran que el marco analítico, al menos en algunas instancias, ha cobrado la solidez suficiente para ofrecer conclusiones firmes. Así nos enteramos, por ejemplo, de que Bolivia se encamina a una situación de desarrollo insostenible y que una asignación per cápita de emisiones de gas de efecto invernadero genera en promedio las mayores ganancias de bienestar.

El libro también incluye un excelente análisis del sector del transporte en Sri Lanka que combina las dimensiones técnica, ambiental y social en una notable cuantificación de los costos en salud de los contaminantes. El hecho de que algunas de las conclusiones sean contrarias al sentido común (por ejemplo, uno de los casos estudiados se opone a la electrificación ferroviaria) simplemente destaca la importancia de un buen análisis para tomar decisiones.

Un futuro más venturoso

A lo largo del libro se puede percibir el fondo de optimismo de Munasinghe: todo va a mejorar a medida que el ingreso crezca y que la mayor conciencia ambiental se traduzca en mejores políticas. Pero si los ricos producen una

degradación del medio ambiente entre 20 y 40 veces mayor que los pobres, ¿podrá en verdad el crecimiento de los ingresos beneficiar al medio ambiente? ¿O los países ricos simplemente trasladarán la contaminación a los países pobres o a zonas regionales o mundiales comunes?

En su búsqueda de respuestas eficaces el autor se centra en los costos ambientales y sociales, eliminar las deficiencias del mercado que provocan la degradación y en los precios de los recursos naturales de modo de incluir todas las externalidades. Esta consigna se ve respaldada por técnicas analíticas muy bien presentadas. ¿Pero por qué casi no se aplica? Según Munasinghe, las mejoras ambientales necesarias para mitigar los daños de contaminación representan solo un 5% de los costos de inversión. Por eso sorprende que los niveles de contaminación de las ciudades más densamente pobladas apenas estén disminuyendo.

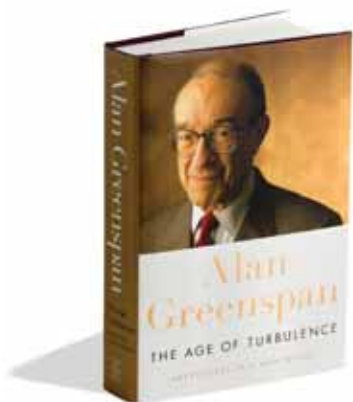
En síntesis, este libro, con sus herramientas analíticas, aplicaciones prácticas y espléndida bibliografía, es de gran utilidad para los analistas de políticas. Sin embargo, quizá no lo sea tanto para los responsables de formular políticas que deben esforzarse por encontrar algunas reglas generales básicas.

El libro apenas responsabiliza a la gestión de gobierno, si bien reconoce que en el desarrollo sostenible ninguna autoridad controla por sí sola todos los mecanismos clave, y que no existe un criterio único ni parámetros claros. El poder de quienes lucran con la obtención de privilegios del Estado (aquellos que viven a costa de los recursos naturales y debilitan los procesos políticos legítimos) es legendario. Las voces de quienes podrían querer que las cosas cambiaran (algunos de ellos quizás aún por nacer) son demasiado débiles para impulsar la transformación.

Munasinghe apela a los valores, las creencias y la religión a fin de crear mayores incentivos para preservar el medio ambiente para las generaciones futuras y revertir el insostenible materialismo actual. Quizás en el camino se olvida de dar más ejemplos y destacar el valor de una militancia bien documentada y un sistema judicial preventivo para lograr los cambios.

Anand Seth
Director del Banco Mundial
para Europa Central y del Sur

Greenspan sin ataduras



Alan Greenspan

The Age of Turbulence **Adventures in a New World**

Penguin Group, 2007, 531 págs., US\$35 (tela).

En un acto para el lanzamiento de su último libro, le preguntaron a Alan Greenspan cómo se sentía al no ser más el presidente de la Reserva Federal. “¿Algo aturdido, quizás?” le sugirieron. “No”, respondió Greenspan, “como si me hubiera sacado un peso de encima”. Cuando se lee este libro, es fácil percibir el alivio que sintió al escribir casi 20.000 palabras de su elección tras casi dos décadas de verse obligado a sopesar cada decisión y cada término.

El libro consta de dos partes: una autobiografía y una serie de ensayos sobre cuestiones económicas. La primera, un libro en sí mismo, resulta apasionante. Greenspan cuenta la historia de su vida de manera sencilla e interesante. Durante su infancia en la ciudad de Nueva York, sus obsesiones eran la matemática, la música y el béisbol de los Yankees. “Aprendí las fracciones con los promedios de bateo: 3 sobre 11 era 0,273”, cuenta.

Del jazz a la economía

Primero, Greenspan quería ser músico de jazz. En sus giras con la orquesta de Henry Jerome, lo llamaban “el intelectual de la banda” porque entre una presentación y otra leía libros sobre mercados de valores y finanzas. Al poco tiempo, abandonó la música como carrera para dedicarse a la economía. Sus primeras influencias fueron dos famosos econo-

mistas, Geoffrey Moore y Arthur Burns. Moore despertó el interés de Greenspan por las bases prácticas de la economía estadounidense, y Burns le transmitió la convicción de que los mercados pueden autocorregirse. El apoyo de Greenspan al “laissez-faire” se consolidó a raíz de lo que él llama un “asenso mutuo” con la filósofa Ayn Rand: “básicamente yo asintiendo con ella”.

En los años cincuenta descubrió su vocación como consultor de empresas, y a lo largo de las dos décadas siguientes, su empresa consultora, Townsend-Greenspan, forjó una notable cartera de clientes conformada por compañías estadounidenses de primer nivel. Paralelamente, Greenspan escribía artículos sobre temas económicos, aumentando la atención que recibía de las esferas políticas. Finalmente terminó ocupando diversos cargos durante las administraciones de los presidentes Nixon y Ford, pero fue Reagan quien, en 1987, lo eligió para el papel de su vida: presidente de la Reserva Federal.

Del colapso a las burbujas

La convicción de Greenspan de que los mercados tienden a autocorregirse fue puesta a prueba a inicios de su mandato por el colapso bursátil de octubre de 1987, la mayor caída registrada en la bolsa en un solo día. Greenspan emitió una declaración de una sola frase inusitadamente clara, afirmando la intención de la Reserva de dar liquidez a los mercados según fuera necesario, en su papel de prestamista de último recurso. “Fue tan corta y concisa como el discurso de Gettysburg”, afirma, “aunque quizá no tan conmovedora”. Los años que siguieron a este colapso también plantearon numerosos desafíos a Greenspan. Demoró en reconocer la recesión de 1990 y quizás haya recortado las tasas de interés demasiado tarde. Sin duda esa fue la opinión del anterior Presidente George Bush, ya que más adelante dijo de Greenspan: “Volví a designarlo y me decepcionó”.

A Greenspan le fue mejor con Bill Clinton, ya que la contención del déficit fiscal bajó las expectativas inflacionarias y, por ende, las tasas de interés a largo

plazo. Complementó esta encomiable política fiscal con una gestión monetaria cada vez más hábil. En 1994, convencido de que la inflación estaba resurgiendo, hizo que el Comité para las Operaciones de Mercado Abierto de la Reserva Federal subiera las tasas de interés, provocando una desaceleración económica pero evitando la recesión: un aterrizaje suave. Luego recortó las tasas, y se reanudó el crecimiento con pocas señales de inflación.

A mediados de la década de 1990, Greenspan sostuvo persuasivamente que la economía estadounidense vivía una explosión productiva sin precedentes, no reconocida por estadísticos ni académicos del gobierno. Al respecto, reunió pruebas con las que convenció a sus colegas de la Reserva de mantener las tasas de interés a un nivel más bajo del que habrían fijado normalmente.

Sin embargo, estas bajas tasas de interés y su defensa de la denominada “nueva economía” pueden haber impulsado la formación de una burbuja en el mercado bursátil. Greenspan trató de señalar el peligro de la euforia en su famoso discurso sobre “exuberancia irracional”, pero finalmente decidió que la Reserva no podía hacer nada para determinar, en tiempo real, si había una burbuja y cómo pincharla.

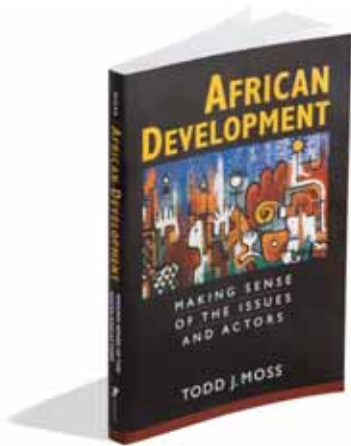
Un buen promedio de bateo

En los ensayos, Greenspan expresa su profunda preocupación sobre la creciente desigualdad del ingreso en Estados Unidos, el retraso en la aplicación de reformas a la seguridad social y al programa Medicare, la dificultad de mantener un equilibrio en la regulación tras los escándalos empresariales y la “adicción” de su país al petróleo. Pero no cabe duda de que hoy la economía estadounidense estaría mucho peor sin las exitosas jugadas de Greenspan como presidente de la Reserva. Alan Binder, ex Vicepresidente de la Reserva, estuvo en lo cierto al comparar la era Volcker-Greenspan a “la buena suerte de los Yankees al poner a Mickey Mantle en el lugar de Joe DiMaggio”. En la gestión monetaria, como en el béisbol, la grandeza no exige un promedio de 1.000.

Prakash Loungani

Jefe de División del Departamento de Relaciones Externas del FMI

África explicada



Todd J. Moss

African Development Making Sense of the Issues and Actors

Lynne Rienner Publishers, Inc., Boulder, Colorado, 2007, 250 págs., US\$22 (papel).

Los primeros años de independencia de África subsahariana fueron esperanzadores y

rápidamente surgió una industria de desarrollo internacional para ayudar a los nuevos países. Pero como todos sabemos, la experiencia en la región ha sido profundamente decepcionante. Pese a un reciente repunte del crecimiento económico, es probable que la mayoría de los países no pueda alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio para 2015.

Todd Moss no ofrece soluciones ni respuestas claras que expliquen el pobre desempeño económico de la región. Por el contrario, el libro “busca dar una introducción simple (aunque, espero, no simplista) a los principales temas, tendencias y actores del desarrollo contemporáneo”. En líneas generales, lo consigue.

“Hombres fuertes” y malos legados

Moss presenta un relato ágil sobre el desarrollo en África subsahariana, comenzando con un panorama general del legado colonialista, el rol de los “hombres fuertes” y del gobierno personalista, los conflictos y la guerra

civil, y los cambios políticos y la democratización actuales. Aborda temas de desarrollo esenciales, como la desconcertante lentitud del crecimiento, la reforma económica y el papel de la ayuda internacional. Concluye con un análisis del regionalismo y el lugar de esta región en la economía mundial.

Hay cuatro temas básicos en el libro. Primero, que África subsahariana ha tenido una historia desafortunada y enfrenta muchos factores estructurales que impiden su desarrollo, pero el desafío consiste en aprovechar otras ventajas y sortear estos obstáculos. Segundo, que con el fin de captar más flujos de ayuda es esencial transformar el Estado para mejorar la rendición de cuentas y la gestión de recursos. Tercero, que la asistencia debe crecer pero también ser más efectiva. Por último, que la región y el mundo comparten la responsabilidad de lograr que África pueda aprovechar las oportunidades económicas mundiales.

Moss señala en particular que sabemos muy poco sobre el proceso de desarrollo y cómo lograr la eficacia de

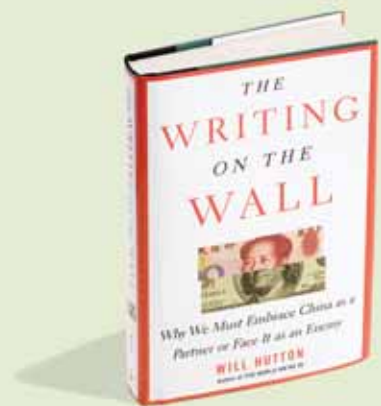
El despertar de China

La drástica transformación de China, que de ser un país moribundo con planificación central pasó a convertirse en la cuarta economía mundial, es una de las historias fascinantes de nuestra época. De hecho, la transformación fue tan profunda que cabe preguntar: ¿será de China el siglo XXI, así como el siglo XX fue de Estados Unidos y el XIX de Gran Bretaña? *The Writing on the Wall* del economista y corresponsal Will Hutton plantea la pregunta sin rodeos, y con una destreza narrativa difícil de encontrar en los textos económicos y políticos. Sus argumentos están bien documentados y su razonamiento, si bien a veces resulta tangencial, está expuesto claramente.

En realidad, estamos aquí en presencia de dos libros. Uno de ellos aborda las transformaciones políticas y económicas de China y sus consecuencias para el resto del mundo. Analiza las posibilidades de que el rápido crecimiento de China se

mantenga, dado su sistema unipartidista. En este análisis se inserta una explicación no tan efectiva de las ventajas del pluralismo económico y político.

Cualquiera que busque una explicación clara y precisa de los éxitos y desafíos económicos de China quedará satisfecho con la primera mitad del libro. Hutton comienza con una historia breve pero lúcida del país y su interacción con el resto del mundo. Aborda las dificultades económicas experimentadas durante los años del Presidente Mao e incluye temas como la reorganización masiva de los medios de producción, el “gran salto adelante” y la política de igualitarismo radical. Los profundos fracasos de este período generaron consenso en torno a la necesidad de reorganizar la economía, lo que fue impulsado en 1978 por Deng Xiaoping, arquitecto de la China moderna. Una serie de reformas que dismantelaron la planificación central y dieron cabida a actividades de economía de mercado contribuyó a un repunte del crecimiento que ya lleva 30 años. Al llegar el nuevo siglo, China comenzó a libera-



Will Hutton

The Writing on the Wall Why We Must Embrace China as a Partner or Face It as an Enemy

Simon & Schuster Trade, Nueva York, 2006, 432 págs., US\$28 (tela).

lizar el comercio exterior con un éxito asombroso, y una avalancha de inversiones extranjeras ayudó a convertir al país de la noche a la mañana en el principal ensamblador de artículos de consumo.

La narrativa de Hutton contiene observaciones muy perceptivas. A diferencia

la ayuda. Presenta hábilmente puntos de vista diferentes, a veces contradictorios. En todo momento busca ilustrar las cuestiones en vez de sugerir “soluciones mágicas”.

Pero este enfoque de “estudio” presenta inconvenientes. A veces Moss no es suficientemente crítico respecto de las opiniones planteadas en la bibliografía y por tanto el lector no sabe qué creer. Por ejemplo: ¿por qué la “maldición de los recursos naturales” genera conflictos? ¿Fue debido a la lucha por la renta, la falta de rendición de cuentas o la debilidad de las instituciones?

En algunos momentos Moss también parece contradecirse. Por ejemplo, su análisis sugiere que la identidad étnica no es una de las principales causas de los conflictos. Pero cuando estudia las formas alternativas de gobierno y sus tensiones con la democracia liberal, sostiene en parte que “la mayoría de los conflictos pasados y actuales encierra algún factor étnico o lingüístico”.

Es sorprendente que el capítulo sobre el enigma del lento crecimiento africano no examine el caso de los

países más ricos en recursos naturales como el petróleo crudo y los diamantes. Esto hubiera ayudado a comprender los singulares obstáculos que enfrentan estos países.

Al abordar la reforma económica y la política de ajuste, Moss no siempre sabe por cuál argumento inclinarse. Por un lado, afirma que la condicionalidad (por ejemplo, en relación con préstamos del FMI) fue un “fracaso casi total”. Por otro, admite que el ajuste estructural ha mejorado notablemente la gestión macroeconómica en toda África. Lo que no queda claro es la función de la condicionalidad. Hoy en día, las autoridades de África ya no ponen en duda que las reformas de primera generación dirigidas, por ejemplo, a lograr la disciplina fiscal y dominar la inflación, contribuyeron a crear las condiciones que propiciaron el fuerte crecimiento actual de la región.

Función del comercio

Moss presenta un argumento convincente a favor de la inserción de

África subsahariana en el sistema económico mundial. Pero su análisis de los posibles beneficios del comercio intrarregional deja que desear. Podría haber enfatizado que el gran número de acuerdos comerciales regionales no ha logrado impulsar el comercio dentro de la región. Hoy existen más de 30 acuerdos de este tipo, y cada país es parte de al menos cuatro. Esto da lugar a compromisos superpuestos, a veces incompatibles. A raíz del dictado de normas de origen complicadas y restrictivas, combinado con otras barreras internas, el comercio intrarregional se ha mantenido en un nivel relativamente menor que el de otras regiones en desarrollo.

Pese a estos puntos débiles, el libro constituye una excelente introducción para quienes estudien el desarrollo africano, y la sección de lecturas sugeridas al final de cada capítulo ofrece más recursos a quienes deseen profundizar en estos temas.

Calvin McDonald

Asesor

Departamento de África del FMI

de lo ocurrido en Europa oriental, la economía de mercado no surgió a través de un proceso explosivo desde arriba, sino que China encaró la reforma mediante una estrategia pragmática y gradual, desde abajo (o, según Hutton, de manera irregular y reactiva), en palabras de Deng: “cruzando el río de una piedra a otra”, algo que continúa hasta hoy. Hutton hace hincapié en accidentes que explican gran parte del éxito, especialmente el sorprendente auge de los pequeños fabricantes rurales, la gran reserva de ahorros que permitió la inversión sostenida y el crecimiento de la globalización.

No solo se arroja buena luz sobre los triunfos del período de la reforma, sino también sobre las dificultades que China enfrenta hoy. Ideológicamente debilitado por su adopción de la economía de mercado, el partido comunista lucha por la legitimidad y enfrenta tensiones sociales causadas por la creciente desigualdad del ingreso, la corrupción, el robo de tierras y la degradación ambiental. También están surgiendo tensiones económicas. Las crecientes presiones proteccionistas de otros

países amenazan la expansión de las exportaciones chinas, mientras que el despilfarro económico hace que el crecimiento de la producción dependa cada vez más de niveles de inversión insosteniblemente altos en lugar de basarse en ganancias de eficiencia.

Hutton cree que el acto de malabarismo del partido comunista es insostenible.

Con las actuales tensiones económicas y políticas, ¿podrá mantenerse el notable desempeño de China? Hutton responde que no, a menos que se implementen cambios políticos drásticos. Pese a las reformas de mercado, el partido comunista aún conserva una red de control en los principales planos de la economía, desde el sistema bancario (que sostiene las inversiones en los grandes sectores industriales) hasta la economía privada. Sin duda, el partido

cree que ello es necesario para lograr el alto crecimiento en el corto plazo, indispensable para obtener la legitimidad.

Pero la máquina del crecimiento se está quedando sin gasolina, atrapando a China en una economía de baja productividad con poca capacidad de innovación. Para volver a poner esta máquina en marcha hace falta la infraestructura institucional “flexible” que acompaña al capitalismo exitoso: tribunales imparciales, derechos de propiedad bien definidos, bancos y auditores independientes, libertad de prensa, una gestión empresarial efectiva y libertad de expresión intelectual. Hutton cree que el acto de malabarismo del partido comunista es insostenible y que los cambios necesarios afectarán significativamente la capacidad del partido de gobernar China como un Estado autoritario unipartidista. Esto, a su vez, determinará la respuesta del mundo al siglo de China.

Brian Aitken

Subjefe de División

Departamento de Asia y el Pacífico del FMI